

Comentario al Ensayo de Kenneth Stickers

Sería obviamente erróneo criticar el ensayo de Kenneth Stickers del año 1985 por no tomar en cuenta los desarrollos históricos que ejercieron influencia en su tema, como si él lo hubiese escrito en el año 2001. Podría ser que sus descripciones de la economía y del sistema de mercado fueran más exactas en 1985 que hoy en día. También puede ser que hayan sido contribuciones como las de Stickers las que ayudaron a pensadores sociales y economistas a reconsiderar sus posturas y verlas como simplistas y reduccionistas.

En este sentido, Stickers todavía tiene mucho que ofrecer a aquellos que conciben a los seres humanos primordialmente como consumidores insaciables, a los mercados como omniabarcantes, y a la ciencia económica como el medio de explicación paradigmática de toda acción humana. Las intuiciones de la fenomenología, como sugiere Stickers, ofrecen un valioso correctivo de la tendencia cientificista—la naturalización y objetivización de la persona humana.

Stickers acierta, por ejemplo, en criticar la tendencia totalitarista del mercado. El esfuerzo por incorporar todos los aspectos de la vida en el análisis económico

está lleno de peligros y es indicativo de un imperialismo intelectual tan desagradable cuando procede de los economistas como cuando procede de otras disciplinas.

En los quince años que han pasado desde 1985, sin embargo, hemos presenciado un movimiento de mejora para evitar estos abusos. Una evidencia de este cambio se encuentra en el surgimiento del campo interdisciplinario de la ética empresarial, un campo que reconoce la necesidad de que la economía se comprometa con el análisis ético para preservar la integridad de su propia disciplina—una disciplina basada, después de todo, en la actividad de seres humanos. El otorgamiento del Premio Nobel de Economía en 1998 a Amartya Sen es por lo menos una muestra simbólica del cambio al que me refiero.¹

Hay algunos aspectos de la postura de Stickers, sin embargo, que son problemáticos, y algunos de estos seguramente lo eran tanto en 1985 como lo son ahora. Uno de ellos es su caracterización del concepto económico de la escasez. “Es nuestra existencia la que es escasa,” observa Stickers, y sostiene que los economistas fallan en reconocer la finitud inherente de la vida humana. Pero esto es, desde mi punto de vista, precisamente lo que los economistas reconocen. Los economistas raramente se refieren a los recursos materiales del mundo natural co-

Kevin Schmiesing, doctor en historia por la Universidad de Pennsylvania, es *research fellow* del Center for Economic Personalism, del Acton Institute.

como los únicos bienes escasos. Por el contrario, los economistas conceden que los recursos que no son materiales, como por ejemplo el tiempo y la información, son los escasos; bienes que deben entrar en los cálculos de costo y beneficios y con los cuales tenemos que “negociar” a la hora de tomar decisiones.² La noción de escasez del tiempo, prácticamente reconocida por todos los economistas, se aproxima a la noción de finitud humana de Stickers.

La exactitud de esta objeción queda sugerida en el propio escrito de Stickers, en los tres párrafos que siguen a la cita arriba mencionada. El parece admitir que los economistas reconocen la finitud, pero después se aleja de esta observación y, por lo tanto, cae en una inconsistencia. Admite claramente (aunque con un poco de disgusto) que la existencia humana implica escasez: “Si la finitud no fuera un hecho de nuestra existencia, no desearíamos nada y consecuentemente no tendríamos experiencia de la escasez.” Me parece entonces que aunque él desearía lo contrario, admite que la finitud es una característica de la existencia humana. Por una parte, Stickers sostiene que los economistas fallan en reconocer la finitud de la existencia humana; por otra, lamenta que los economistas operen bajo la premisa de escasez (la cual es el reconocimiento de la finitud de la existencia humana).

Si bien su discusión de finitud es inconsistente y demuestra falta de entendimiento de la disciplina de economía, su discusión de los valores padece del defecto de la simplificación. Siguiendo a Max Scheler, Stickers pone en un mismo cesto los valores burgueses de la economía y la diligencia con la idea admitidamente perniciosa de que la vida debe ser justificada por su utilidad social. La implicación

aquí, como en la mayoría de los análisis académicos sobre el ascenso del capitalismo, es que la moderna economía de mercado conlleva *necesariamente* un conjunto de valores corrosivos del florecimiento humano. Eso indica una falla en la distinción entre (1) el mercado, y (2) la cultura que envuelve al mercado, una cultura que puede diferir a través del tiempo y del espacio.

Por ejemplo, Stickers lamenta la situación de la familia en la economía moderna: “El bienestar de la familia es juzgado no por la vitalidad de sus relaciones interpersonales y la profundidad del amor que sus miembros guardan entre sí, sino según su viabilidad económica y su riqueza.” No está claro quién es el juez aquí, pero en cualquier caso la observación de Stickers no se podría aceptar como universalmente exacta. Es cierto que la familia como unidad social se ha debilitado en los últimos cien años, pero se puede argumentar que las fuentes de tal presión no son primordialmente económicas.

Lo que es indiscutible es que hay una cantidad significativa de familias que continúan siendo ejemplares de acuerdo al criterio de vitalidad y amor al que se refiere Stickers, y esta situación ocurre incluso dentro de una participación activa en la economía de mercado. Este hecho nos debe llevar a plantear la pregunta de si la fuente de los valores negativos que Stickers deplora está en el surgimiento de la burguesía o en algo completamente diferente.

Es interesante observar que en este punto ha ocurrido de vez en cuando una convergencia de puntos de vista entre dos campos que tienen poco en común: las personas profundamente conservadoras y religiosas (especialmente católicos), y los

miembros de la extrema izquierda que se dedican a la crítica cultural. Uno podría comparar, por ejemplo, la crítica al capitalismo que emana de críticos inspirados en Marx—como Herbert Marcuse—con el pensamiento social católico de pensadores como Virgil Michel.³

Un defecto que Stickers comparte con los comentaristas marxistas y católicos mencionados es fallar en proponer una solución adecuada. Es cierto que todos estos críticos indican problemas genuinos que han acompañado a las economías de mercado a través de su desarrollo histórico; pero ninguno ofrece una visión concreta de un orden económico que pueda reemplazar al capitalismo sin el peligro de transformarse en una de las alternativas desastrosas de nuestra historia humana como el fascismo o el totalitarismo comunista.

En la medida en que ofrece una alternativa, Stickers propone el retorno a “valores del mundo-de-la-vida,” los valores característicos de “personas de vida comunal, cercanos a la tierra y conscientes de los ciclos naturales.” No obstante, no quiere ver un “retorno a una economía medieval.” ¿Cómo, entonces, vamos a reconciliar progreso económico con los valores del mundo-de-la-vida? El principio de la Encarnación del cristianismo puede proporcionar luz en este punto. La realidad del Dios-hombre dota la existencia material de significado espiritual, a la vez que propone una dualismo de espíritu y materia que preserva el significado de la trascendencia. Max Scheler vio el valor en su concepción del mundo, defendiendo por medio de su lenguaje fenomenológico el concepto tradicional cristiano contra el positivismo y el panteísmo de su día.⁴

Esta propuesta encarnacional en la concepción del mundo podría ser una manera saludable de incorporar las críticas de Stickers y otros, evitando el afeccionamiento nostálgico a sistemas económicos ya no relevantes a la situación moderna, lo mismo que esquemas utópicos de arreglos económicos que dependen del poder coercitivo del estado. La propuesta de analizar la economía tomando en cuenta la revelación cristiana como punto de partida ve el mundo material como algo enormemente importante —un mundo que no se debe negar sino dirigir hacia el mejoramiento de la humanidad.

Al mismo tiempo, el mundo material no es exhaustivo de la realidad. Hay necesidades y deseos humanos que no se pueden satisfacer a través de la economía del mercado. El reconocimiento de las dimensiones emocionales, psicológicas, y espirituales de las personas humanas requiere la aceptación de la naturaleza de los bienes materiales que las rodean como limitada y contingente.

Una dirección productiva a la economía del mercado involucra una evaluación de sus fortalezas y limitaciones, demarcado el cuadro ético que asegure su operación humana y ameliore los efectos de sus limitaciones, y reconociendo que la actividad económica es una parte importante y respetable de la vida humana pero no la fuente fundamental de la dignidad y bienestar de la persona humana.

NOTAS

¹Entre los trabajos de Sen se encuentran *On Economic Inequality* (Oxford: Clarendon, 1998 [1973]), y *On Ethics and Economics* (New York: B. Blackwell, 1987). Esta referencia a Sen no deber ser interpretada como una indicación de apoyo a sus posturas. Mi intención es solamente indicar el vasto reconocimiento de la necesidad de reconciliar la ética con la economía, un reconocimiento que parece no haber sido predominante en la década de 1980-1990. Para una comparación de las posturas de Sen, vea los trabajos de Gregory Gronbacher y el Centro de Personalismo Económico—por ejemplo, Gronbacher, *Economic Personalism* (Grand Rapids, Mich.: Acton Institute, 1998).

²Véase, por ejemplo, el popular libro de texto de James D. Gwartney y Richard L. Stroup, *Economics: Private and Public Choice*, 8th ed. (Fort Worth, Texas: Dryden, 1997), pp. 8, 14, 44.

³Véase, por ejemplo, Marcuse, *One-Dimensional Man: Studies in the Ideology of Advanced Industrial Society* (Boston: Beacon, 1991 [1964]). Las contribuciones de Michel se encuentran esparcidas en las páginas de la revista *Orate Fratres* de la década de 1920-1930. Otro grupo que puede ser incluido aquí es el los “agraristas” del Sur de los Estados Unidos—ver *Twelve Southerners, I'll Take My Stand: The South and the Agrarian Tradition* (Baton Rouge: Louisiana State University, 1977 [1930]). La yuxtaposición de estos críticos no se debe interpretar como una intención de ignorar las diferencias fundamentales en sus posturas; mi intención es únicamente la de indicar que una crítica de la sociedad moderna basada en una idealización de las sociedades pre-industriales puede proceder de fuentes diversas.

⁴Max Scheler, *On the Eternal Man*, trad. Bernard Noble (London: SCM, 1960 [1921]).